

LIBROS CRÍTICAS



Una tela con cruces cuelga en 2020 en la iglesia de San Bartolomé, en Demmin (Alemania), en homenaje a las víctimas del suicidio colectivo (entre 500 y 1.000) tras la invasión soviética en 1945. BERND WÜSTNECK (DPA / PICTURE ALLIANCE / GETTY IMAGES)

NARRATIVA

¿Viajas al pasado o lo vives de nuevo?

La obra de Verena Stössinger es la historia de una reticencia, la de un alemán deportado de Prusia Oriental con miedo a recordar durante un encuentro con los paisajes de su infancia

Por **Patricio Pron**

Era mayo. La guerra por fin había acabado: la gente podía pensar en regresar a sus hogares". Jürgen, el protagonista de *Los árboles no huyen*, no puede volver a casa, sin embargo. Varios de sus hermanos han muerto a causa del hambre. Su padre —supuestamente un "jurista en el juzgado municipal"— falleció antes de la guerra. Su madre va a morir también. Está despidiéndose de su abuela y de su tía en la estación de trenes de Danzig y no sabe que nunca va a volver a verlas. Décadas después, cuando ya esté radicado en Suiza, él y su mujer van a hacer un viaje a Polonia y a Rusia, dos de los tres países que se distribuyeron la antigua Prusia Oriental tras el final de la Segunda Guerra Mundial, para que Jürgen recupere los sabores y los paisajes de su infancia. Pero éste sólo recuerda algunas imágenes, unas pocas escenas que le gustaría comprender mejor, aunque sólo si estas no fueran a poner en cuestión su recuerdo de quiénes fueron sus padres y sus ideas acerca de sí mismo. "En realidad, no está seguro de querer colmar esas lagunas", se dice. *Los árboles no huyen* es la historia de esa reticencia.

En 1997, W. G. Sebald rompió un tabú histórico al pronunciar en Zúrich unas

conferencias publicadas dos años después con el título de *Guerra aérea y literatura (Sobre la historia natural de la destrucción*, en su edición española). Ni el lugar donde se pronunciaron —Suiza— ni la historia personal de quien las dictó —un escritor alemán, pero residente en el Reino Unido desde hacía décadas— son irrelevantes en relación con ese gesto: sólo en ese doble "afuera" pudo Sebald abordar el sufrimiento de la población civil alemana en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial: la idea de que "todos" los alemanes eran culpables de los crímenes del nacionalsocialismo y de la guerra y de que su padecimiento había sido inferior al de los habitantes de otros países —o, por el caso, al de las víctimas del Holocausto— impedía, a

“ Junto a W. G. Sebald, la escritora suiza aborda un tabú histórico, el de la población civil culpabilizada por los crímenes del nazismo

ojos de Sebald, una correcta evaluación de episodios tan abrumadores como los suicidios de Demmin y la destrucción de las ciudades alemanas en los últimos meses de la contienda. Por entonces, "no había que describir el verdadero estado de ruina material y moral en que se encontraba el país entero", resume. Después, los problemas serían otros. Pero el silencio en torno a las víctimas alemanas de la guerra, y al profundo desgarramiento

vivido por muchos alemanes, habría impedido sobre todo incorporar ese dolor a la historia compartida: si se lo excluía de ella —y éste era el problema principal para Sebald—, se otorgaba a la extrema derecha y a los neofascistas una potestad sobre el pasado y un monopolio de la supuesta necesidad de reparación o venganza que podían desestabilizar la democracia alemana.

Sobre la historia natural de la destrucción contribuyó a una discusión acerca del pasado compartido por los alemanes de la que también fueron parte *Austerlitz*, la última novela de Sebald, libros como *Als Feuer vom Himmel fiel* (cuando el fuego cayó del cielo), de Stephan Burgdorff y Christian Habbe, y, sobre todo, una serie documental de la ZDF. Quizás ya fuese tarde: 25 años después, la extrema derecha está representada en buena parte de los go-

biernos regionales europeos y, con el nombre de "concordia" o cualquier otro, intenta imponer una versión del pasado para la que los hechos históricamente comprobados son "adoctrinamiento".

Los árboles no huyen es la contribución de la escritora suiza Verena Stössinger (Lucerna, 1951) a una visión más realista de la historia; más compleja, pero también más rica. Está magníficamente documentada y, a ratos, narrada en una prosa delicada y sensible, muy bien traída al español por Jorge Seca. Pero tal vez sea demasiado didáctica, y sus enigmas, fáciles de resolver de antemano para quienquiera que sepa cuál era el destino de los matrimonios mixtos durante el nacionalsocialismo y por qué algunos perduraron. Sin embargo, su novela puede ser una buena lectura para adolescentes a los que se quiera ofrecer un relato sobre el peso que el pasado histórico ejerce sobre las vidas individuales.

Los árboles no huyen
Verena Stössinger

Traducción de Jorge Seca. Periférica, 2024. 248 páginas. 19,50 euros

NARRATIVA

Los corsés afectivos y el calor del redil

Por **Marta Sanz**

Papá cumple 70 años e invita a su familia a un viaje por Italia. Durante los discursos de la cena de celebración, impremedidamente, papá y mamá descubren que van a separarse después de 40 años juntos. Liv, Ellen y Hakon —dos hijas, un hijo— cuentan lo que sucede a partir de ese momento. También a partir de ese momento, podemos pensar que otra novela sobre vínculos familiares, a la nórdica o en general, no es lo que más nos apetecería leer. Pero *Una familia moderna* no es la enésima disección de tópicos sobre qué mal me llevo con una madre en la que cada vez me reconozco más, las hijas medianas estamos en desventaja, las hijas mayores asumimos las responsabilidades, los hijos pequeños y pachuchos son tratados con especial consideración... Aunque en realidad este libro sí es todo esto, además revela cómo las conductas "superficiales" se afianzan en una narración sobre lazos y cuidados, sobre educación, de la que ni podemos ni, a menudo, queremos escapar. Incluso, cuando adoptamos un discurso crítico frente a los esquemas en los que se fundamenta la sociedad, tenemos tan interiorizadas estas creencias que no ceñirnos a estos mandamientos nos produce dolor y frustración. El final del relato implica una vuelta al redil del que nunca se salió y en el que, efectivamente, se está a gusto. Calor, protección, alivio del daño. Flatland reformula la pregunta sobre instinto y civilización, amor y pedagogía, sentimiento e historia. Qué lugar ocupa la condición humana en estas intersecciones. La escritora se atreve a responder: quizá no queremos salir de los corsés afectivos de la familia porque nos conforman medularmente. Nuestra vida pasa por gozar de lo que nos aprieta. Esta última idea no resulta reconfortante, pero nos sitúa frente a nuestro miedo y a nuestro conservadurismo existencial.



La lectura moral implica, a su vez, una propuesta literaria: la imposibilidad, unida al no querer, al grado de satisfacción con lo familiar, se relaciona con una escritura reconocible, solvente, bien tramada. Confortable. No podría ser de otro modo. Una elaboración lingüísticamente sofisticada habría sido un amaneramiento de las emociones, incluso de la tesis, que el libro aspira a compartir. La solvencia narrativa es incuestionable: cuando piensa Liv entendemos su inseguridad frente a la educación de su hijo Agnar; cuando piensa Ellen, desde una conciencia hipertrofiada del discurso enraizada en su dislexia, nos ponemos de su lado; cuando Hakon recoge las hebras de las historias de sus hermanas, comenzamos a ver a un personaje que se había quedado siempre en los márgenes. No sé si reproducir en la propia pareja las estructuras erótico-afectivas de madres y padres, el deseo de maternidad, el romperse por la experiencia de un amor romántico son vivencias insoslayables, pero pienso en la superioridad moral que deriva de estas asunciones. Flatland no es ajena a la denuncia de este sentimiento y subraya "la altura" del lugar desde el que habla: "En el paisaje que se extiende a nuestros pies, más de la mitad de la población cree que está bien pegar a los hijos...", piensa Liv, mientras sobrevuela Italia, desde su perspectiva de acomodada mujer noruega, heterosexual, periodista, madre que no saca la mano a pasear, casada por la Iglesia, frágil y protectora: una perspectiva de ejemplar hermana mayor de Ellen, de Hakon y de Europa en general.

Una familia moderna
Helga Flatland

Traducción de Ana Flecha
Nórdica, 2024. 294 páginas. 20,95 euros